

RETRATOS OLIMPICOS/III Y FINAL.

ALEJANDRO TOLEDO

5. Los muertos

En el barrio de Tel Aviv donde creció Gur Weinberg no ha podido escapar a la memoria de su padre. "Muchas personas dicen que me parezco a él y me muevo como él. Me lo dicen todo el tiempo."

De joven, la gente se detenía a mirarlo. Y escuchaba entonces:

—¡Oh, es tan triste!

Gur Weinberg jamás conoció a su padre. Sólo tenía tres semanas de nacido cuando Moshe Weinberg, el entrenador de lucha israelí en los Juegos Olímpicos de Munich 1972, fue asesinado en el día más triste en la historia del movimiento olímpico.

Munich, 5 de septiembre, 4:30 de la mañana, pabellón 31 de la Villa Olímpica.

Un comando de ocho palestinos pertenecientes a la organización extremista Septiembre Negro irrumpe en el pabellón 31 de una Villa Olímpica que por su enrejado y policías armados parecía más un campo de concentración.

El entrenador Moshe Weinberg reacciona como padre protector y se interpone entre los fedayines y los atletas, como muro frágil. Al instante se convierte en la primera víctima, es acribillado.

Los segundos que Weinberg logra contener a los terroristas son valiosos para muchos atletas que logran escapar. Diez se quedan en un departamento, a puerta cerrada.

El tiroteo sigue, y a Joseph Romano, levantador de pesas, lo alcanza una bala que logra traspasar la madera.

No hay defensa posible. Deben dejar hacer a los extremistas. Nueve atletas israelíes se convierten, entonces, en rehenes.

Han pasado 24 años. Y todavía Gur Weinberg y más de una docena de otras personas aguardan alguna forma de reconocimiento del Comité Olímpico Internacional por la muerte de sus padres.

"No deseo tener el sentimiento de que mi padre murió en vano", decía Weinberg en Atlanta. "Fue parte de la historia. Sería algo triste que haya muerto y no se le reconozca por ello."

Weinberg fue uno de los 14 hijos de atletas asesinados que deambularon por Atlanta, en los Juegos del Centenario, tratando infructuosamente de gestionar ante el Comité Olímpico Internacional para que se realice alguna forma de conmemoración. Ante la negativa, volvieron a sentir que en cierta forma quedaban otra vez huérfanos.

"Pensábamos que iban a recordar, que quizá dijeran algo", decía Yehudit Salman, hija del asesinado juez de lucha Yosef Futffreund. "Han recordado todo en relación con el centenario. Pero hay que recordar las cosas buenas y malas."

"Estos son los niños que han crecido a la sombra de las olimpiadas", decía Ankie Spitzer, esposa del entrenador de esgrima Andrei Spitzer. "Yo escuché a Samaranch en la ceremonia inaugural hablar sobre la familia olímpica. ¿Es este el modo de tratar a la familia?"

Aeropuerto militar de Fürstengeldbrück, a 80 kilómetros de Munich. 22:50 horas.

Tres helicópteros descienden. En ellos viajan los terroristas palestinos con nueve atletas israelíes como rehenes.

Ha sido un largo día. Hacia las 7:30, hora del desayuno, los deportistas que se alojaban en la Villa Olímpica —aquellos que no escucharon el tiroteo en la madrugada— se dieron cuenta de que algo raro estaba ocurriendo. Las historias empezaron a correr aquí y allá: un grupo de terroristas tenía como rehenes a unos atletas de Israel.

Sin embargo, las actividades olímpicas se cumplieron normalmente hasta las 15:30, en que Avery Brundage, presidente del Comité Olímpico Internacional, dispuso la suspensión por 24 horas. Dijo que la muerte de algún atleta decretaría el fin de esos juegos, palabras que después olvidaría.

En el pabellón 31 se vivió en el terror. Los de Septiembre Negro buscaban negociar. A cambio de los rehenes, los palestinos exigían la liberación de doscientos prisioneros árabes de las cárceles de Israel.

Los plazos empezaron a correr y vencerse. El primero, a las 11:00; el segundo, a las 13:00; el tercero, a las 15:00... Al edificio tomado lo rodearon francotiradores alemanes, que esperaban la orden para actuar. La acción tenía sus riesgos, sobre todo uno mayor: llevar a la tumba a los atletas.

A las 22:00 horas tres helicópteros despegaron hacia el aeropuerto, donde esperaba un avión con destino a El Cairo y... cinco tiradores de élite de la policía de Munich. El plan de los alemanes fracasó, y originó la masacre de los rehenes así como la muerte de cinco de los ocho palestinos y un policía. Al parecer, al primer disparo estalló como respuesta a una granada en uno de los helicópteros. Ese fue el inicio del tiroteo en el aeropuerto.

Ahí cayeron David Berger, Zeev Friedman, Eliezer Halfin, Mark Slavin, Andrei Spitzer, Amitzur Shapiro, Jakov Springer, Rahat Shorn y Yosef Gutffreund.

Munich, estadio olímpico, 6 de septiembre de 1872. 10:30 horas.

Asisten 80,000 personas a la ceremonia fúnebre. El llanto es fuego común. "The games must go on", dice Avery Brundage, presidente del COI: "Los juegos deben continuar."

Si, el olvido es más tenaz que la memoria, como se lee en la novela Farebeuf de Salvador Elizondo.

Por disposición oficial, la tragedia debe ser olvidada.6. Cassius Marcellus Clay

Es la historia del más grande, el que en el cuadrilátero volaba como mariposa y picaba como avispa. En su vida social también puede ser aplicado ese viejo lugar común, pues el púgil a la vez que crecía en su carrera profesional fue madurando en sus convicciones religiosas y políticas. Así, pueden establecerse asociaciones: Mohammed Alí y los musulmanes; Cassius Clay y Malcom x, tan válidas como las que relacionan a esa figura legendaria con las de Sonny Liston y Joe Frazer.

La aparición del ex campeón del mundo de boxeo en el final del camino de la llama olímpica, en Atlanta, estremeció al mundo. En el Corriere Bella Sera se aseguraba: "Clay conmueve, pero la piedad por la enfermedad del gran púgil no apaga las controversias sobre su rechazo a hacer el servicio militar." En La Republica, también de Italia, se leyó: "El más grande, el púgil que sobre el ring bailaba como una mariposa y picaba como una avispa pedía ayuda porque las llamas le estaban quemando el brazo. Pero en los Juegos, desnudo en su enfermedad, Mohammed Alí ha pegado duro, seguramente más que antes, al demostrar que hay aún cosas que hacen palpar el corazón por algo distinto al miedo."

Una breve historia del más grande puede ser contada a partir de septiembre de 1954, en Louisville, Kentucky, cuando los hermanos Cassius y Rudolph —de diez y doce años de edad— vagaban desesperados por las calles buscando una bicicleta que les había sido robada. Alguien les aconsejó que visitaran al policía Joe Martin, que atendía el gimnasio Columbia en la parte sur de la calle 4. El rubio Martin escuchó ahí el cuento de las desgracias de los hermanos.

— Si agarro al tipo que me robó la bicicleta —sollozó el hermano mayor—, ¡le daré una paliza!

— Ustedes saben boxear? —preguntó Martin—. Los voy a ayudar de esa manera: enseñándoles a boxear.

También puede contarse la vida de Cassius Marcellus Clay II desde el viaje que hace a Roma en 1960 —con 18 años de edad—, como parte de la delegación de

Estados Unidos a los Juegos Olímpicos. Medía 1.85 y pesaba 81.650 kilos. El moreno peso semicompleto despachó a Yvon Becaus, de Bélgica, y al soviético Gennadiy Shatkov, en sus dos primeras peleas. En semifinales se enfrentó a Tony Madigan, campeón australiano, en un encuentro difícil que conquistó por puntos. Los jueces sumaron, sobre todo, los jabs izquierdos que Clay incrustó en el rostro estupefacto de Madigan. La gran final ocurrió el 15 de septiembre de 1960 en el Palazzo dello Sport. Para abreviar, sólo hay que apuntar que el polaco Zbigniew Piertzowski terminó con cortadas en torno a los ojos, la nariz y la boca.

Medalla de oro y humillación de color oscuro. Dice Alí que al regresar a su patria no le fue permitido entrar a un restaurante "por ser negro". Entonces tomó la medalla y la aventó al río.

Otro posible inicio, el nacimiento de un campeón en pesos pesados. 25 de febrero de 1964. El salón de convenciones de Miami tiene, ocupados, 8,000 asientos.

Sonny Liston aparece como el favorito, y está 8 a 1 en las apuestas. El sexto round es decisivo, pues en él Liston empieza a ser sacrificado. Clay le llegó a pegar ocho rectos consecutivos hasta que se dobló. El joven peleador pensaba: "Si, viejo baboso. Intentas ser tan grande y tan malo."

Vino el descanso, y cuando se marcaron los diez segundos de preparación para el séptimo round el campeón escupió el protector, y Cassius Clay saltó de gusto.

—¡Soy el rey, soy el rey, soy el más grande!

La historia, entonces, puede ser relatada de muchas maneras. ¿Cuándo comienza a vivir un hombre, cuando nace o cuando descubre los resortes ocultos de la vida? ¿Cuándo asciende o cuando cae y se refugia en sí mismo? ¿Cuándo decide oponerse a las injusticias establecidas?

Cassius Clay desapareció con el nacimiento del musulmán Mohammed All. Fue declarado oficialmente "muerto" cuando rechazó el reclutamiento para ir a la guerra de Vietnam en 1967. Volvió a la vida en sus combates con Joe Frazer y Joe Foreman, en 1970 y 1974.

All, el más grande. El rey.